

TRIBUNA DE

LA VANGUARDIA

LECTURAS

LA NATURALEZA, LOS POETAS Y HEIDEGGER

La preocupación ecológica —que, a la hora de la verdad, tan escasamente ha prendido en España— cuando se ahonda teóricamente en ella conduce, desde el punto de vista científico, al estudio de lo que propiamente hablando es la ecología (humana); y desde el punto de vista humanístico, a la imagen que el hombre se forja o ha ido forjándose de la naturaleza. Un libro reciente (1) trata de presentarnos la del hombre moderno.

La actitud de vuelta de espaldas a la naturaleza, hoy aparentemente dejada atrás —en la realidad creo que no y, como se subraya en este libro, estamos asistiendo a la desaparición del campo y la agricultura, transformados en industria turística o agrícola— nace, tras la exaltación romántica, con Baudelaire. Baudelaire representa la reacción frente al amor a la naturaleza (2) y así escribió, en título que encierra un juego de palabras, *Le Couché du soleil romantique*, inventó la belleza moderna, y se propuso cantar no a las flores del campo, sino a las del mal, precisamente en la ciudad. El dandy Baudelaire nos dice desdenosamente que el agua en libertad le es insostenible y sólo la acepta canalizada o en la bañera, que prefiere una caja de música a un ruiseñor, que las plantas no le enternecen y que para él el estado perfecto de las frutas no empieza sino en el frutero, más aún, en la compotera. Baudelaire es el primer Poeta de la Ciudad, como es el primer poeta de la artificialidad que busca —y encuentra— en realidades «naturales» también, aisladas, desprendidas de la naturaleza total, y, co-

mo después Mallarmé, en el símbolo de pureza que es el mineral, o en el valor emblemático de ciertos animales, el albatros, el elefante, el buho, los gatos. Rimbaud (3), de sensibilidad muy diferente a la preciosa y decadente de Baudelaire, a diferencia de éste, se enfrenta directamente con la naturaleza pero percibiendo en ella la «lézarde» (palabra tan expresiva, tan plástica), la grieta, la brecha, el principio de su descomposición («antinaturalidad», anti-paisaje), y la necesidad de su destrucción, cuyo anverso es la pasión del poeta por la dinámica, incandescente fusión y confusión de todos sus elementos.

En el mismo libro encontramos la contribución del yugoslavo Sreten Muric sobre la filosofía contemporánea y la naturaleza que es, sobre todo, una discusión, a este propósito, de la filosofía de Heidegger. De Heidegger que, pese a que en los graffiti de mayo del 68 no fuese posible encontrar ninguna fórmula que sonase siquiera a eco suyo (pero sí, y hasta qué punto, de su discípulo Marcuse), conserva mucha más actualidad de la que muchos de nuestros jóvenes parecen pensar, aunque no, ciertamente, como filosofía «rigurosa». Si leemos a un autor de moda como Jacques Derrida, encontramos en un libro suyo recientemente publicado en castellano (4), un estilo hermenéutico estrechamente emparentado con el de aquel, con algún humor por añadidura. Por ejemplo, el gusto por los juegos etimológicos no habría llevado nunca a Heidegger a titular un estudio «La farmacia de Platón» (y menos hablando, allí mismo, de la farmacia china), ni su solitaria morada en las

cumbres del ser le habría permitido la herméutica broma de aclarar, como con un guiño al lector avisado, que «el conjunto de este ensayo no es, como se habrá comprendido en seguida, otra cosa que una lectura de Finnegans Wake». No solamente aquello. Encontramos, como en Heidegger, una repulsa del «platonismo» (producto que tendría que ver muy poco con Platón) y de la «metafísica occidental», un ahondamiento en la esencia y en la «repetición» de la verdad, frente a su trivial repetición, tics como el de escribir tachada la expresión «el Ser», para protegerle de su comprensión como «En-Frente», la reflexión sobre la nada... Yo diría que Heidegger es con Mallarmé, que escribió «La nada es la verdad», y de quien hace muy fina exégesis, la principal influencia aquí sobre Derrida.

Por eso no es de ningún modo inoportuna la publicación de Priscilla N. Cohn Heidegger. Su filosofía a través de la nada (5). La originalidad central del libro consiste, como señala en su prólogo José (María) Ferrater Mora, en el estudio del pensamiento de Heidegger «a través de la nada» o, según dice la autora, «la nada atravesando de punta a punta al ser». Y, en fin, ya que estoy tratando del tema, traigo aquí alusión a Heidegger de Eugenio Trias, en relación con Ortega y muy de acuerdo conmigo, en cuanto al absurdo de confundir «la Stimmung protestante que trasluce letra por letra la escritura y el estilo heideggeriano con el delicioso bel canto modernista de nuestro gran ensayista». Importa también, y no poco, la continuación de esta página de lenguaje musical, que dice así: «Hay que

estar demasiado deformado por una mala formación filosófica para ignorar que mucho más importante («tan importante», me limitaría a decir yo, J. L. A.) que el recitativo seco de las ideas es el airoso de su actualización en un estilo».

Y ya que he citado largamente, debo y me es grato decir de donde: del primero de Los Cuadernos de la Gaya Ciencia (6), bello en sus textos de Félix de Azúa, Víctor Gómez Pin, Agustín García Calvo, Fernando Savater y el citado Eugenio Trias, y bello también por las ilustraciones, prerrafaelitas, movimiento el de éstos sin el cual habría sido imposible el modernismo (o modern style) al que Trias hacía referencia.

José Luis L. ARANGUREN

(1) *L'homme moderne et son image de la nature*, «rencontre» con «actes mises en forme» y «avant-propos» de Roselyne Chenu, Editions de la Baconnière, Neuchâtel, Suiza, 1974.

(2) «Baudelaire et la nature», texto de Claude Pichois. Puede verse también el libro de Felix Leakey, *Baudelaire and Nature*, Manchester University Press, 1969.

(3) Texto de Marc Eigeldinger, «Rimbaud et sa vision mythique de la nature».

(4) *La diseminación*, Colección Espiral, Editorial Fundamentos, Madrid, 1975.

(5) Punto Omega, Ediciones Guadarrama, Madrid, 1975.

(6) Barcelona, mayo de 1975.

COMUNIDADES Y GERMANIAS

A LA BUSCA DE UN FANTASMA

TODAVIA carecemos de un papel amplio y serio que, de algún modo, estudie comparativamente —afinidades y divergencias— las dos grandes revueltas que conmovieron los primeros años del reinado de Carlos I. Contemporáneas, las «Comunidades» de Castilla y las «Germanias» valencianas y mallorquinas, responden, sin duda, a motivaciones sociales y políticas de índole muy distinta, e incluso entre los agermanados peninsulares y los isleños la diferencia de planteamientos y de objetivos tuvo que ser importante. Sin embargo, unas cuantas pistas permiten relacionar aquellas convulsiones populares. Fue una lástima que J. A. Maravall, en su excelente libro sobre las Comunidades, ni intentase abordar el tema como se merece, ya que él —Maravall, valenciano además— estaba en las mejores condiciones para hacerlo. Desde luego, la cuestión no es sencilla, ya lo sé. Las divergencias entre los tres episodios resultan más fáciles de detectar, y eso, al fin y al cabo, también constituye el problema esencial. Con todo, hasta el observador menos «especializado» intuye, al consultar la bibliografía respectiva, que hubo factores comunes. No sólo los contactos eventuales entre los «revolucionarios» de cada reino, las filtraciones de noticias y de entusiasmos mutuos, la referencia final a un nebuloso pero único «enemigo». Hubo algo más: una especie de «clima», si no ideológico, al menos mitológico, compartido...

Don Américo Castro ya señaló la excitación «mesianica» que se desencadenó en los territorios regidos por don Fernando y doña Isabel, que se prolongó después, cuando subió al trono Carlos el Flamenco. Castro la atribuía, a su modo, a la «casta» de los conversos. La sospecha de que, tanto en las Comunidades como en las Germanias, la intervención abierta o soportada de los judíos mal bautizados pudo ser incisiva, prosperó en algún momento. Parece ser que se trata de una exageración, y respecto a las Germanias valencianas ya lo apunté en otro lugar. Ahora bien: el «mesianismo» aludido salta a la vista. Los súbditos de la Monarquía, muchos de ellos en todo caso, esperaban un redentor providencial, súbitamente aparecido para remediar el desconcierto general de la población. Desconcierto y descontento, por supuesto. El hecho de que la minoría hebrea de raza estuviese habituada a la mismísima noción del «enviado» no significa que los «cristianos viejos» no fuesen porosos a esa ilusión. Una extraña figura que, de pronto, salta al escenario bélico del País Valenciano, en 1522, más o menos, coagula una de estas líneas de aspiración colectiva: el Encubierto. La gente ya, de entrada, le llamaba «lo rei Encobert»: quizá le pensaban como una alternativa al Emperador. En el encuadre local de los acontecimientos, los agermanados valencianos «creyeron» en él. Y la anécdota, asimilada por los eruditos, ha dado bastante de sí.

El Encubierto surgió en Xàtiva, y obtuvo asistencias de la muchedumbre agermanada de las comarcas inmediatas. Algu-

nos frailes le hacían compañía. Según las crónicas de la época, el individuo era forastero, hablaba un castellano castizo, predicaba alegremente sobre los más altos misterios de la Teología, y se hacía pasar por descendiente directo de los Reyes Católicos, a través de una explicación folletinesca. Los historiadores cortesanos vieron en él un converso con ansias de revancha, e inventaron nombres y aventuras a su costa. Ricardo García Cárcel, hurgando en archivos, nos lo presenta como un vulgar «Antoni Navarro», de procedencia y ambiciones confusas. Castro y Caro Baroja habían resumido la literatura en torno al personaje, que no dejaba de ser, en sí, indicativa: representa lo que, acerca del caso, llegó a ser la «verdad oficial» en la corte carolina. De hecho, la maniobra del «rei Encobert» no acaba de cuadrar con la política de los agermanados que dominaban la ciudad de Valencia; tampoco estoy convencido de que, como asegura García Cárcel, fuese un «líder» rural. Pero sí cabe la hipótesis de que estaba por encima de unos y otros, con su «convocatoria» aparte. Sus primeros éxitos a partir de Xàtiva concentraron la adhesión agraria, de los «vasallos» o no vasallos del campo centro-valenciano; cuando le asesinaron, iba a introducirse en la capital para levantar ánimos y secuaces.

Lo curioso del caso es que, ahora, ya disponemos de un mínimo material documentado para reconsiderar la función del «rei Encobert». Lo acaba de publicar Ramón Alba, en un volumen largamente titulado «Acercas de algunas particularidades de las Comunidades de Castilla tal vez relacionadas con el supuesto acaecer Terreno del Milenio Igualitario». Ramón Alba pone sobre el tapete unas profecías castellanas medievales en las cuales un «Incubierto» o «Encubierto» viene previsto para arreglarlo todo: los líos celtibéricos, y los que, en la dilatada perplejidad tradicional, se presumen concitados por el Anticristo. Me gustaría saber si, en el área catalana, esa especulación augural tiene algún precedente. Yo no conozco ninguna. Puede que Pere Bohigas, que tan a fondo ha trabajado el asunto, me corrija. Bien mirado, las «profecías» siempre tuvieron una difusión subterránea, capilar, casi secreta, y el «Incubierto» castellano era familiar a los valencianos de principios del XVI. Conviendría aclararlo. Porque la fantasía del aventurero que, de pronto, desembarcó en la Xàtiva agresiva del 1522, no era una improvisación: para lograr la militancia de la ciudadanía ingenua, no bastaban sus peroratas idiotas sobre la Santísima Trinidad —que dejaba de ser trina por una cuarta «persona» sacada de su cacumen—, sino que su «fantasma» político se asentaba sobre unos precedentes: Los archivos valencianos, hasta ahora, no han dicho esta boca es mía. Y con todo...

En Mallorca, mediante las averiguaciones de don José M. Quadradro, sabemos que circuló «lo libre de l'Encobert». Allí sólo pudo llegar con la ayuda de los intermediarios valen-

cianos: por razones geográficas, en primer lugar, y porque fue en las Germanias valencianas y no en las Comunidades de Castilla donde el «Encubierto» tomó cuerpo. El presunto «libre de l'Encobert» hubo de tener sus vías en el País Valenciano. Y también —por qué no?— en el Principado de Cataluña. La ausencia de testimonios fehacientes no ha de desanimarnos en el cálculo. Una cantidad considerable de escritos administrativos, notariales, panfletarios, de las Germanias, fueron destruidos, y ese vacío se brinda a muchas suspicacias... Las profecías castellanas del «Incubierto» que Ramón Alba exhuma ayudan a comprender la insólita y paraisórica figura de «lo rei Encobert», que, en última instancia, sólo influye —novelones románticos a un lado— en el desarrollo de las Germanias valenciana y mallorquina con una incidencia problemática. El famoso «Encobert», puro misterio en su proyección popular, tiene esa ascendencia criptica, profética, manuscrita, clandestina. Y vuelve a exigir el dictado de «curioso» que, contra la tradición judaica del «Encobert», los originales que edita Ramón Alba sean resueltamente antisemitas: contra moros y judíos. En contra del Anticristo, naturalmente.

Yo no entro ni salgo en el embrollo. Me ciño a subrayar su importancia en la cuestión de las Germanias. Y a insinuar que el «Encubierto» fue un postizo, alucinante, pero postizo. En el País Valenciano y en Mallorca. En la Castilla de las Comunidades no hubo «encubiertos», y si los hubo, no queda constancia de ellos. El enfrentamiento, en Castilla, fue más energético y claro, entre los «comuneros» y la pandilla gubernamental. Ya entonces Carlos I era el verdadero rey de Castilla: era otra cosa en el País Valenciano y en Mallorca, otra modalidad de rey, más remota. De ahí el relativo éxito del «Encubierto»: de los «Encubiertos» en plural, porque fueron cuatro o cinco, durante y después de las Germanias, sucesivamente cazados por la policía virreinal. La profecía castellana —o andaluza— pudo prender en la periferia con mayor euforia. El dilatale tenía alcances más enfáticos: «Y el Incubierto se irá para la ciudad de Roma y destruirá aquellos que fueren ayuda del Antecristo, y tomará toda la tierra, e meterla ha so su señoría del Encubierto...» Etcétera. ¿Era éste el contenido del «libre» que leían los mallorquines y los valencianos? Vale la pena de preguntárselo. No tenía nada que ver con los Llorenç, los Peris, los Sorolla, los Coloms. Y estaba allí: como un ingrediente más del barullo. El «Encubierto» fue un fantasma, «superestructural» como todos los fantasmas, pero activo. Y paradójico. Para eliminar de las Germanias y de las Comunidades esa verruga, haría falta ahondar en sus oscuros orígenes...

Joan FUSTER

Portugal

tan nuevo y tan cerca

En sus fines de semana o en sus vacaciones, visítenos. Le esperamos.

ahora
a precios especiales.Consulte a su Agencia de Viajes o en la
Oficina de Turismo de Portugal.DELEGACION EN BARCELONA
Ronda S. Pedro, 7. 2º. Tel.: 317 7999

CONSULTENOS

MUSICOM

Travesera de Las Cortes, 161
Tels. 321 96 15 y 239 33 95
BARCELONA - 14

- MUSICA AMBIENTAL
(Seleccionada según necesidades)
- INTERCOMUNICACION
- BUSCAPERSONAS
- CIRCUITO CERRADO TV
- VIDEO - PORTERO

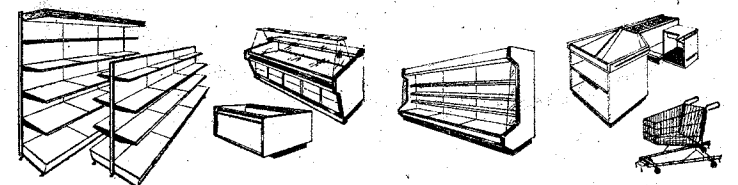
¿NO VE VD. BIEN?
COMPRE SUS GAFAS EN

OPTICA
CLARAMUNT
PINO, 6
GAFA PERFECTA Y ECONOMICA

SE stylform
española S.A.

LE OFRECE:

¡Más espacio útil para su establecimiento!



- Estantería modular en Plastiking
- Mostrador frigorífico
- Frigorífico mural de conservación
- Mueble caja con o sin cinta transportadora
- Carro supermercado

Antes de reformar o instalar su negocio... llámenos.
Córcega 109 Tel. 250 22 96 BARCELONA - 15SE stylform
española S.A.Sinónimo de calidad técnica
y línea de vanguardia.